

Elaborado por pedido de la entrañable Lela, el texto que continúa es una versión abreviada de la obra de Ernesto Maeder titulada *“Evocaciones, recuerdos y confidencias”* (Rcia., Chaco, Contexto, 2013. 2 pp.).

Esta autobiografía de edición limitada fue distribuida exclusivamente entre familiares y amigos por decisión del propio Ernesto Maeder. Por ello se respetó la intimidad deseada por el autor en estas páginas y, sin intervenir en el texto original, se seleccionaron y transcribieron párrafos reveladores de las diversas facetas de su existencia. Especialmente aquellas menos conocidas, que trascienden su actuación pública y perfilan la imagen del hombre íntegro que fue.

**Dra. Teresita Álvarez de Tomassone (julio del año 2016).-**

## **CAPÍTULO I: EL TIEMPO FELIZ DE LA NIÑEZ, 1931-1945**

(...) Mis documentos dicen que nací el 22 de junio de 1931, en la casa de la calle Bolívar 1143 donde mamá tuvo su parto. Mi bautismo ocurrió bastante tiempo después, en la parroquia de San Pedro Telmo en el barrio homónimo. Vivíamos cerca del parque Lezama.

Posteriormente, mis padres y el resto de la familia materna se trasladaron a la casa de la calle Maza 763. Allí alquilaban los altos de esa casa, que disponía de una gran terraza con glorieta y plantas. En esa vivienda, en la que se accedía por una escalera que conducía al vestíbulo, se ubicaron todos: mamá y papá en la pieza del fondo de un largo pasillo, los abuelos Antonio y Manuela en la pieza siguiente y a continuación, la tía Pepita, mi hermana Beba y yo en otra habitación, de techo muy alto, y en otra pieza, el tío Nío.

Como queda dicho, toda la familia permaneció unida por varios años, hasta que nos mudamos a la casa de la calle Chile 1124, quinto piso. Esa coexistencia me llevó a tener una relación con los tíos y los abuelos que duró para siempre, es decir hasta que la vida nos fue separando por fallecimiento de alguno o porque más adelante mi familia se independizó del resto. Ello ocurrió cuando nos trasladamos a la casa de la calle Constitución 1.271, tercer piso, y ya entonces cursaba el segundo o tercer grado. (...).

### **La familia**

La presencia del abuelo en esta etapa de mi vida fue muy importante. Creo que buena parte del día la pasaba cerca de él. (...)

A esta altura del relato, debo detenerme en mi padre y en mi madre. Ellos fueron el núcleo de la familia, y hacia los cuales guardo la mayor deuda de gratitud y de cariño. Ello es así, pese a las dificultades que nos trajo el abandono que papá hizo del hogar en 1945, en una actitud que nos costó mucho comprender y perdonar. (...)

De mamá, que siempre me rodeó de cariño, podría escribir páginas y más páginas, porque a la distancia aprecio hoy cada día mejor sus gestos sencillos, su tiempo y la dedicación que me prestó. Incluso, tal vez más que a mi hermana Beba; lo mismo ocurría con mis tíos y tías, sin duda derivado en buena medida de ser el único nieto o sobrino varón de la familia y para más, primogénito.

Mamá era lectora y solía contarnos historias. En su biblioteca estaban muchas novelas de Hugo Wast, entonces en boga y ella procuró que también nosotros las leyéramos. Fue así que me acostumbré a la lectura y a disfrutar de ella. (...)

### **Las vacaciones**

Con el tiempo, también tuvimos algunas oportunidades para ir de vacaciones. No fueron largas ni a lugares lejanos y en general, salvo la última, se compartieron con el resto de la familia... Supongo que estos desahogos respondían a una mejor situación económica de la familia. La primera que recuerdo fue en una casita alquilada en Las Barracas, en 1938, o principios de 1939, sobre el río de la Plata (...)

### **La escuela**

Otro capítulo, seguramente uno de los más gratos e interesantes de mi niñez, fue la escuela primaria. Me inicié en la escuela N° 3, del Consejo escolar IIIº, denominada Mariquita

Sánchez de Thompson, ubicada en la calle Tacuarí 567, en la cual mamá había concluido su sexto grado. Era mixta para los primeros grados y después de segundo, sólo para niñas. Allí cursé primero inferior con la señorita Canavesi, mientras que en primero superior tuve otra maestra, de la cual no recuerdo su nombre ni su rostro. En cambio, mi primera maestra permanece imborrable en mi memoria. Era una señorita mayor, con fama de severa, que nos enseñó a leer, escribir y todas las operaciones aritméticas a la perfección. Creo que ella percibió algunas condiciones en mi labor escolar, porque en los pocos cuadernos que conservo, se hallan algunos elogios y exhortaciones, redactadas con aquella caligrafía impecable que poseían las maestras de entonces. Ella fue la primera que advirtió que yo incurría en equivocaciones en las cuentas, porque copiaba mal los números del pizarrón y así se lo hizo saber a mamá. El resultado fue visitar al oculista, con la desgraciada comprobación de que yo padecía miopía y debía llevar anteojos, artefacto que mortificó mi adolescencia, me privó de practicar algunos deportes y me dejaba en desventaja como galán ante las chicas. Es la prótesis visual que aún conservo y que me ha acompañado desde siempre. (...)

Cuando terminé el primero superior aconsejaron a mamá que me inscribiera en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta, en el curso de aplicación. Esta se hallaba situada en la calle Urquiza, entre México y Venezuela, en un gran edificio. Era sólo para varones. Para la admisión, me exigieron una prueba escrita, que rendí con éxito, pero para mortificación mía, me equivoqué en la ortografía de la palabra víbora. No obstante pude ingresar a segundo grado, y completé allí el resto del nivel primario. (...)

### **Fin de una etapa y crisis del mundo familiar**

A fines de 1944 terminé sexto grado y lo natural hubiera sido que ingresara inmediatamente al bachillerato. Pero no ocurrió así. Ese año 1945, ha sido para mí, el que me ha costado reconstruir, sin duda por la carga dolorosa que dejó en mi vida. Coincidió con el fin de mi niñez y culminó con la crisis familiar que provocó mi padre, al irse de casa, sin explicaciones, al menos para nosotros, los hijos.

¿Por qué se suspendió mi ingreso al nacional? No lo sé. Pero en ello intervino un hecho al cual no he podido hallarle una explicación plausible. Por alguna vía, alguien convenció a mis padres que mi miopía podía ser detenida y curada por un tratamiento no convencional. Sí fue que pasé, acompañado de mamá al consultorio de la doctora – hoy dudo que lo fuera- llamada Úrsula von Zehmen, que había editado un libro titulado *Ojo sano*. Su teoría consistía en afirmar que la miopía provenía de una atrofia de los músculos del ojo y que, mediante ejercicios convenientes de la vista, se recuperaría la capacidad visual y se detendría la miopía. Esto iba unido a la estricta prohibición de usar anteojos, prótesis condenada por esta facultativa, además de un régimen de vida al aire libre y dieta vegetariana. Hoy deploro la confianza que mis padres depositaron en esta mujer y que se avinieran a ponerla en práctica. Tal vez haya tenido yo alguna culpa de ellos, desde luego involuntaria, porque entonces estaba entusiasmado con ingresar al Liceo Militar general San Martín recién creado, cosa imposible para un joven miope.

Un día papá se fue de casa y nos dejó. Quedamos atónitos, porque carecíamos de explicaciones, que mamá tampoco nos brindó, ya que se hallaba acongojada, triste y sin saber bien a qué atenerse. No quiero detenerme demasiado en este hecho que ocurrió a fines de 1945. Yo había hecho de mi padre una imagen en la cual su personalidad, dotes artísticas, probidad y carácter iluminaban la figura de un padre cuasi perfecto. (...) De modo que su actitud de dejarnos, me quebró espiritualmente, aunque procuré asumirlo para no agravar el

estado de ánimo de mamá, mortificada y abandonada por su marido. Pero nunca condené a papá; en una primera instancia procuré olvidarlo, borrarlo de mis pensamientos, que con el tiempo llegó la indiferencia. Más tarde, la vida nos reencontró, y sobrevino el perdón. (...)

### **CAPÍTULO III: ADOLESCENCIA Y JUVENTUD: CON LA VIDA UN POCO A LA DERIVA (1945-1951)**

#### **El colegio nacional**

En marzo de 1946 ingresé al Colegio Nacional Bernardino Rivadavia, ubicado en la calle San Juan, a pocas cuadras de mi casa. Gracias a las rutinas de la vida escolar volví pronto para recuperarme y alcancé un buen rendimiento en esas aulas. Así lo testimonian las libretas de calificaciones que conservo y que acreditan varios trimestres en el cuadro de honor y la eximición en todas las materias, salvo un solo caso, inglés, que llevé a diciembre en segundo año. Me sentía bien en el colegio y además, estaba recuperando la autoestima. (...)

Durante los tres años que cursé en el Rivadavia, desde 1946 a 1948, conocí y valoré a varios profesores, adquirí amigos entrañables y comencé a disfrutar de una cierta libertad. Esta consistía en salidas y paseos, tertulias en el bar y otras actividades, para mí novedosas, pues de tímido y casero, pasé a descubrir con rapidez los encantos del mundo exterior al hogar, y con ellos, el goce de la limitada bohemia de un adolescente en pleno desarrollo. (...)

Cursé en el turno mañana, en general con muy buenos profesores, casi todos varones. (...) el otro gran atractivo que nos aportó el colegio, fueron las amistades que allí se gestaron. Compañeros hubo muchos algunos destacados como estudiantes, como Villegas y Masevicius, inteligentes como León Turjansky y raros como Enrique Louch; brutos y ordinarios como Ozores y Piñeiro, prolijos y callados como Porro y Scarella. Pero amigos, en el mejor sentido de la palabra, fueron pocos. Entre ellos, Oscar Roberto Maisnonave y José Abraham Zadunaisky, constituyeron mi primer núcleo de buenos y consecuentes amigos. Nos reencontramos en el año 2000 en uno de los comedores del hotel Sheraton de Retiro y allí compartimos el recuerdo de aquellos años y la trayectoria de cada uno, ya que nuestras profesiones, como nuestros destinos, nos separaron por largo tiempo. (...)

#### **Me inicio en el trabajo**

Antes de concluir el tercer año y durante las vacaciones siguientes, se hizo necesario que comenzara a trabajar. Tenía 17 años y si bien había cumplido algunas changas esporádicas y escasamente lucrativas, como la venta de tiza para sastres en las casas del ramo, entonces numerosas en las calles de Moreno y Alsina, se imponía un cambio. Ello significaba dejar el colegio y proseguir el bachillerato en algún establecimiento nocturno, a fin de disponer de la mañana y la tarde para un empleo. El padre de Pepe [Zadunaisky], seguramente a instancias de él, que conocía mi situación y la de mi casa, me consiguió trabajo en la sede de la Federación del Sur, en Casa Amarilla, de Barracas, y controlar la descarga de cajones de peras y manzanas, que desde Río Negro enviaban las cooperativas. Cumplido esto, acompañar al camión con los cajones al frigorífico y verificar allí la entrega. Una vez en la oficina, llevar planillas del movimiento diario de dichas cargas. Para ello debía madrugar, reunirme con los peones y changadores en el café cercano, esperar el inicio de la descarga y proceder al control. Conocí así a gente variada y en general, tolerantes con este muchacho, encargado de controlar que no se perdieran por el camino, los cajones de frutas, como parece que acontecía antes de haber cumplido con esa función.

Después de unos meses (...) se abrió la posibilidad de ingresar al Banco de la Provincia de Buenos Aires, previo examen de competencia. Mi práctica en dactilografía en la Academia Pitman, así como una buena base cultural, facilitaron mi ingreso, que creo que fue en abril de 1949. Como todavía tenía 17 años, mi sueldo inicial fue de 200 pesos, pero luego de cumplir los 18 pasé automáticamente a ganar 350. Era todo un sueldo y un buen empleo, con el consiguiente alivio para la economía familiar. Poco después, en la proveeduría del Banco, pude comprar a crédito el primer lavarropas que tuvimos y más tarde, una heladera eléctrica, bienes que complementaron el confort elemental que entonces prevalecía. (...)

Si bien no me interesaba la carrera bancaria, continúe en el Banco hasta 1958.

### **Termino el bachillerato a la noche**

Como mi inicio laboral me impidió continuar en el turno mañana del colegio Rivadavia, debí buscar otro del turno noche, que me permitiera continuar el estudio. Como las cosas se habían precipitado, sólo conseguí asiento en el cuarto año del Instituto Adscripto Politécnico, en la calle Pueyrredón al setecientos, de no buena calidad. Por fortuna el Ministerio habilitó a mediados de ese año un nuevo Colegio Adscripto gratuito de bachillerato especializado, que comenzó a funcionar en turno noche, en la sede del Colegio Bartolomé Mitre, en el barrio de Once. Varios de los compañeros del Politécnico emigramos a ese colegio, en el cual cursé los dos últimos años del bachillerato, que concluí a fin de 1950. (...)

En ese medio hice nuevos amigos, provenientes de distintas actividades laborales, y casi todos ellos de más edad y algunos casados. Varios poseían un perfil cultural interesante aunque otros eran notoriamente vagos. Entre los primeros se destacan dos: Carlos Baamonde y Horacio García Mac Dugall. Los dos han comprometido mi gratitud y dejado una huella profunda en mis recuerdos. (...)

Mis preocupaciones políticas de entonces, consistían en asistir a algunas conferencias y mítines. Así recuerdo haber acudido a una conferencia de Nicolás Repetto, leída en una Biblioteca Popular de Barracas; asistir a un acto en el Parque Rivadavia donde habló Alfredo Palacios, con aquella entonación tan española que lo caracterizaba, y otra vez en la plaza de Constitución, donde escuché a Emilio Ravignani, ante una concurrencia no muy numerosa y atemorizada. (...)

Confieso que para fines de los cuarenta e inicios de los cincuenta, yo profesaba una suerte de socialismo más o menos vago, con lecturas de autores marxistas publicados en los folletos que entonces editaba Claridad, tales como Buquinn, *El ABC del comunismo*, o Lenin, *El Imperialismo, Última fase del Capitalismo*, entre otros parecidos. Pero no estaba afiliado, ni había pensado en hacerlo. Tampoco me atraía la acción, ni las panfletadas ni cosas por el estilo. Todo era más o menos teórico, con ideas de igualdad, de justicia social, de libertad, sin mayores precisiones y teñidas por un sentimiento crítico hacia la sociedad, las instituciones tradicionales y cierta irreverencia en materia religiosa. (...)

### **CAPITULO III. UN CAMBIO DE RUMBO EN EL VERANO DEL 52**

Un día impreciso, particularmente aquejado por mis pesares, abatido, sólo en mi habitación, me precipité en un llanto desconsolado. Clamaba por respuesta a mi vacío interior y al dolor por las derrotas acumuladas. No sé en qué momento, busqué el misal dominical de mi hermana y lo abrí en las páginas del comienzo de la misa antigua, aquella que comenzaba con el sacerdote de pie al altar diciendo: *Introibo ad altare Dei*, y leí aquellas palabras del

salmo 42 que decían: *¿Por qué estás triste alma mía, porque me turbas? ¿Porqué ando triste y oprimido por mi enemigo: espera en Dios, en quien confío.*

El texto parecía escrito para mí. Estaba seguro que Dios me respondía. (...)

De ahí en más procuré integrarme a la fe recuperada. No fue de un día para el otro, pero a raíz de lo descubierto en el misal de mi hermana, comencé a asistir a algunas misas con ese libro y a comprender el sentido de esa celebración, que antes me resultaba indiferente. (...)

Pero ese verano estaba lleno de sorpresas. En plan de recuperación, aproveché esa temporada para ir al club del Banco, en Vicente López.

Desde diciembre comencé a ir diariamente, para dedicarme a nadar. La natación me parecía el deporte apropiado para un solitario.

Aun hoy me siento orgulloso de haber hecho esta prueba. Desde diciembre y hasta fines de enero, nadé y nadé. Empecé con dos largos; seguí con cuatro luego fueron seis, ocho y más, sin descansos intermedios, logrando cada día superar el record anterior. Así fui acumulando cifras cada vez más importantes: veinte, treinta, hasta llegar a una cantidad que parecía inalcanzable. Mi meta fueron los cien largos seguidos. No sólo lo logré, sino que llegué hasta los ciento veinte, cifra que no esperaba alcanzar en los comienzos de esta modesta competencia personal. No se trataba de convertirme en nadador, sino que con este esfuerzo aplicado al deporte, declaré definitivamente domada mi voluntad. Para quien un año antes arrastraba su indolencia y abandono ante cualquier exigencia prolongada de estudio. Este record personal era un triunfo capital. Mi autoestima creció; me sentía más seguro y creo que mis ojos brillaban de alegría por la victoria alcanzada sobre mí mismo. (...)

Pero allí no concluyeron las novedades de aquél verano. Es de recordar que yo no tenía resuelto que carrera seguir, ni donde cursarla. (...)

¿Dónde estudiar una carrera que tocara exclusivamente esos temas? Aunque parezca increíble, entonces yo no lo sabía. Alguien, tal vez un amigo, me sugirió ir a averiguar en la Facultad de Filosofía y letras o en el Instituto Nacional del Profesorado.

Ignoro por qué elegí este último. Busqué su dirección y una mañana de ese verano fui al barrio de Belgrano, donde entonces funcionaba el Instituto. En e halla se hallaban expuestos los planes de estudio de todas las carreras que allí se cursaban. Me fijé en el profesorado de historia y leí, encantado, el título de las asignaturas que lo integraban, las condiciones de ingreso, los horarios y la documentación necesaria para inscribirse. Todo me pareció tan satisfactorio, que salí de allí radiante de alegría. Tal vez pesó más en esa oportunidad la temática histórica, que la futura enseñanza de la misma.

Pero estaba dispuesto por Dios que ese verano sería no sólo inolvidable sino trascendente en mi vida. Lo que ocurrió en febrero colmaría todas mis expectativas.

Como resultado de mi asidua concurrencia al club me enteré que allí se realizarían los bailes de carnaval del 52. Si bien yo estaba embalado, con la fe recuperada, la voluntad dominada y la vocación descubierta, me sentía solo. Los noviazgos anteriores, si así puede llamárselos, habían concluido sin mayor trascendencia, y por otra parte, aún mantenía una modesta imagen de mí mismo en el campo de la relación con las mujeres. Además, no había conocido a ninguna muchacha que me atrajera de modo significativo, tanto por su presencia

como por sus valores personales. No me sentía seguro; como siempre, los anteojos me inhibían ante posibles audacias y si bien el ejercicio y el bronceado de la pileta me estimulaban, no me sentía del todo confiado en ese terreno. De todos modos, pensé que esos bailes eran una oportunidad que no debía desaprovechar. (...)

Aquí sólo quiero dejar constancia de la llegada de Elena en mi vida, con lo cual concluyó aquel verano, por tantos motivos, inolvidable. El cierre del mismo lo constituyó el amor de una mujer preciosa, buena, compañera y admirable por muchos motivos. Una mujer como no había conocido ninguna otra, que colmó mis aspiraciones, y con lo cual, juntos pusimos rumbo definitivo a nuestras vidas.

### **El Instituto del Profesorado**

Mi paso por el Instituto fue una de las etapas más gratas en mi vida de estudiante. Desde un principio, me sentí como en casa propia, en un ambiente que favorecía el orden y el estudio.

El plan de estudios comprendía unas veinte asignaturas. A ellas se agregaron en esos tiempos otras tres o cuatro dedicadas al estudio de la sociedad, la economía y otros aspectos vinculados con la política oficial y la llamada doctrina nacional. Esas asignaturas también eran obligatorias y se promovían por examen final. Curiosamente, en una copia del certificado de estudios que solicité en 1967, no figuran esas materias, aunque si constaban, en el certificado original que obtuve al egresar en 1956.

El cursado de las asignaturas era anual y los turnos de examen se convocaban en marzo, julio y noviembre o diciembre. Casi todas ellas comprendían trabajos prácticos, aunque en algunos casos el cumplimiento de los mismos era bastante elástico. En mi caso, los cumplí siempre y creo que fueron una de mis mejores experiencias pedagógicas en el Instituto.

Un comentario especial merecen los profesores que allí nos enseñaron. Todos, salvo pocas excepciones, poseían excelente nivel. La mayoría se desempeñaban como titulares en la misma carrera de historia, ya en la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires o en Humanidades de la Universidad de La Plata. Todos poseían una larga trayectoria académica. En aquella época no había más que tres Institutos Superiores del Profesorado: el de Buenos Aires, otro en Paraná y uno más reciente en Catamarca. Y en las seis universidades existentes, no todas tenían una carrera de historia. De modo que nuestro profesorado era para la época, de lo mejor que podía reunirse en Buenos Aires. No ignorábamos que había algunas figuras destacadas, que habían sido desplazadas en años anteriores y que, por ello, no formaban parte del plantel docente de la enseñanza oficial. Nuestra camada era ajena a las disputas de años atrás y en general, nos sentíamos conformes con nuestros profesores. (...)

Concluí la carrera con mi último examen, rendido el 23 de diciembre de 1955, vísperas de Navidad. En razón de haber obtenido el más alto promedio, me correspondía pronunciar el discurso en nombre de los graduados.

Era tradición del Instituto premiar al mejor egresado con una medalla. Dada la confusión reinante en los últimos meses, ese gesto no se llevó a cabo. Pero en cambio, recibí en manos del interventor copia de un decreto del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, por el cual se me otorgaban doce horas titulares en un colegio nocturno del partido General San Martín. No podía quejarme; antes al contrario, me iniciaba con ellos en la docencia, apenas recibido.

## **Noviazgo y casamiento con Elena**

Recién entré a su casa, a pedir su mano, un año después de conocernos. Allí me recibió don Evaristo Bensa y doña Palmira Nardín, que con su sencillez, facilitaron el trámite, con lo cual nuestro noviazgo quedó formalizado. Ambos trabajábamos, de modo que la base económica futura estaba asegurada, aunque en un plano evidentemente modesto.

El casamiento se programó para febrero del 56, la fiesta se haría en la casa de Elena en Saavedra y la iglesia elegida para la ceremonia, la parroquia del Dulcísimo nombre de Jesús, a pocas cuadras de allí.

## **CAPITULO IV: MATRIMONIO Y DOCENCIA. UN BIENIO FECUNDO (1956-1957)**

### **En la biblioteca del Banco**

Una vez concluidos mis estudios y ya casado, me pareció conveniente, dejar el turno de noche y volver al horario diurno del Banco. No resultó fácil lograrlo, y luego de distintos tanteos, se me ofreció como alternativa pasar a la biblioteca, que funcionaba en el último piso del edificio. Su director reclamaba desde tiempo atrás un ayudante. Este era un puesto que, en general era desestimado por quienes aspiraban a progresar en la carrera bancaria. Algunos amigos me desaconsejaron aceptarlo, por creerlo una especie de vía muerta o punto final de una trayectoria administrativa.

A mí me pareció un ofrecimiento espléndido. (...)

En definitiva, mi trabajo en el Banco además de procurarme un sueldo principal, y los beneficios de su proveeduría, club y colonia de vacaciones era una tarea agradable, relativamente cómoda y en cierto modo, un oasis de paz entre las clases que dictaba a la mañana y las que me esperaban a la noche, después de fichar mi salida en el banco.

### **Inicio de la docencia**

Mi inicio en la docencia se produjo, poco después de graduado y a través de la estimulante designación que me otorgara la provincia de Buenos Aires. De modo que, a partir de ese cargo, procuré atender esas horas de cátedra y acrecentarlas en otros colegios. Durante el año 1956, obtuve un lugar en el Instituto Susini, en Flores y más tarde, en el Florida Day School, de esa localidad. Ambas cátedras en el turno de la mañana, combinando los días que me dejaban libre las clases en la escuela de Comercio de General San Martín, las apliqué al Instituto Alejandro Bunge, de la ciudad de San Miguel. (...)

Al cabo de dos años, mis progresos en el ámbito docente se limitaron a ganar experiencia, afianzarme en el dictado de mis clases, procurar una relación respetuosa y fluida con mis alumnos y esperar a que se diera alguna ocasión para crecentar el número de horas en un solo establecimiento, evitando el desgaste de los traslados con la consiguiente pérdida de tiempo. Al mismo tiempo, llegué a percibir con claridad las dificultades que ofrecía la carrera docente en el nivel medio. Como simple profesor comprendí, que la dispersión en mi labor en varios colegios, atentaba contra la eficacia de la enseñanza e incluso de nuestra energía. (...)

Al margen de estos pasos en política y docencia, no había perdido la esperanza de perfeccionarme y abrirme camino en la investigación histórica. Durante mi estudio en el profesorado, sentí que me gustaba escribir, comentar los libros y ensayar alguna cuestión histórica. Todavía nada significativo, sino más bien una tendencia que merecía ser atendida.



Creía que ese propósito formaba parte de mi vocación docente y que momentáneamente, se hallaba en un segundo plano, a la espera de oportunidad y tiempo para realizarlo. (...)

### **La aventura de Cátedra y Vida**

No recuerdo bien las circunstancias por las cuales me vinculé a esta aventura editorial y docente. Creo que quien me acercó al grupo fue el padre de Juan Pruden, jesuita que supo convocar en torno suyo un pequeño grupo de profesores interesados en la renovación de la escuela secundaria. El padre Pruden poseía condiciones de liderazgo y talento, pero una vez conformado el grupo, sabía apartarse y dejar que se obrara en libertad. Así fue. Todos los integrantes éramos jóvenes y ejercíamos la docencia en colegios privados y oficiales de la capital del Gran Buenos Aires. En todos prevalecía no sólo la aspiración a un buen nivel profesional, mantener vigentes los valores cristianos y el propósito de contribuir al mejoramiento del sistema educativo argentino, al cual nos debíamos. (...)

Esta publicación tuvo un inicio muy modesto, pues consistía en una treintena de páginas, separadas y agrupadas por temas, que llamábamos fichas. Los temas eran educación, profesorado, encuestas, asignaturas, cine, correo y testimonios, etc. Estas fichas estaban reunidas bajo el título Cátedra y Vida y su propósito era que el contenido de las mismas fuera leído y utilizado por los profesores, ya como material didáctico en sus clases o como textos motivadores en su actividad profesional. Con ese estilo salieron los tres primeros números, de septiembre, octubre y noviembre de 1956. Recién en el número cuatro, de abril de 1957, Cátedra y Vida adquirió el formato de revista mensual, y así continuó en adelante.

Participé en su elaboración desde entonces y poco después, a partir del número seis, compartí la dirección con Mirta Pérez Colman. (...)

### **Una nueva oportunidad**

A fines de 1957 se presentó una nueva e inesperada oportunidad docente. En la gestación de la misma, le cupo a mamá un papel sin el cual esa oportunidad no hubiera existido para nosotros. Lo cierto es que, mamá le contestó a una amiga y compañera de trabajo, las aspiraciones y actividades de su hijo profesor. Esta amiga se lo transmitió a su hermana, entonces secretaria de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata y por esa vía llegó a noticia del interventor de esa facultad, el profesor Oberdan Canetti. Éste se interesó en conocer al candidato y en vista de ello, le pidió a su secretaria que concentrara una entrevista conmigo.

Cuando me enteré, me embargó un sentimiento de sorpresa y alegría, pues no sabía de las conversaciones antes citadas. La entrevista estaba vinculada con el proyecto del profesor Caletti de reunir un plantel de profesores para incorporarlos a una Escuela de Humanidades, cuya organización le había sido encomendada en el marco de la nueva Universidad Nacional del Nordeste, fundada en diciembre de 1956. (...)

Sin duda di un paso inicial afortunado, pues creo haber ganado el interés de Caletti, quien me expuso su proyecto, ofreciéndome participar del mismo como profesor contratado para dictar un par de materias en esa escuela, en el curso de 1958. La designación sería una dedicación exclusiva y una retribución que duplicaba con creces mis entradas de entonces. Me pidió un currículum vitae y una pronta respuesta, haciéndome ver que confiaba en un profesorado joven y animoso, dispuesto a cumplir una labor educativa pionera en aquella lejana provincia del Chaco. (...)

Elena fue, desde el principio, decidida partidaria de irnos al Chaco, y me apoyó en la toma de decisión. No fue fácil convencer a ambas familias, e incluso la decisión de irnos, no fue compartida por algunos amigos. Éramos conscientes de los riesgos, pero suplimos con nuestra voluntad de afrontarlos, las advertencias y las incertidumbres que la empresa presentaba. Días después, hablé con Caletti y le confirmé nuestra decisión. El rumbo ya había sido tomado y esta vez, en la dirección adecuada, como pudimos comprobarlo años después. (...)

## **CAPÍTULO V: NUESTRA RADICACIÓN EN RESISTENCIA (1958-1964)**

La convocatoria para incorporarnos a la Escuela de Humanidades de la UNNE, nos hizo entrever que nos hallábamos ante una oportunidad excepcional, para orientar nuestro futuro en el campo profesional como en la vida matrimonial. (...)

Nuestra partida en marzo de 1958 reveló el carácter excepcional, que tanto para nosotros como para nuestros familiares, tenía ese viaje. En la vieja estación del Aeroparque se reunieron nuestras dos familias completas para despedirnos. Entonces los viajes en avión no eran cosa corriente como hoy. Pero al verlos a todos tan emocionados, imaginé el ánimo de nuestros ancestros inmigrantes que se despidieron de Europa para tentar un destino mejor en América. Y aunque el cuadro que describo puede ser exagerado, creo que por la mente de mis suegros friulanos y también por la de mis tíos españoles, se cruzaron algunas remembranzas al vernos partir. Emigrar al Chaco era en el imaginario popular de entonces, una región marginal y casi legendaria, de indios y pioneros.

Partimos en un Douglas DC3, que hizo escala en Paso de los Libres y que, a las cuatro horas nos dejó en el campo de aviación de Resistencia. Llevábamos sólo lo imprescindible para instalarnos; el resto de las cosas y sobre todo, los libros, los enviamos por tren.

A partir de ese momento, nuestro propósito consistió en afincarnos en la ciudad y en la universidad. Era necesario contar con vivienda, sobre la cual nada sabíamos; conocer a quienes nos habrían de acompañar en la universidad; tomar contacto con la sociedad y disponer nuestras cosas. Ello llevó su tiempo y merece ser descripto por partes, ya que todas estas cuestiones fueron adquiriendo solución y forma definitiva a lo largo de algunos años. Las fechas propuestas en el título de éste capítulo, cubren desde el año de llegada hasta 1964, cuando adquirí mi titularidad en la facultad. En ese lapso de casi seis años, se fueron definiendo nuestras vidas en lo familiar y en lo profesional; llegaron los primeros hijos; hicimos amistades perdurables, nos vinculamos y encariñamos con esta sociedad que nos acogió y mi vida universitaria cobró, desde entonces, un rumbo cada vez más comprometido. (...)

### **Fin de una etapa**

Luego de un largo sexenio, nuestra radicación en la ciudad y mi carrera universitaria se complementaron de forma definitiva en 1964.

Durante los años anteriores, mi situación de revista fue de profesor temporario y así consta en los contratos de 1958, 1959 y 1960, firmados por los rectores José Babini, Roberto Billinghamurst y José D. Valenzuela. En marzo de 1962, luego que se aprobara la planta de profesores de la Facultad, pasé a desempeñarme como interino, con lo cual se hacía más segura mi permanencia en la UNNE. Todavía eran pocos los profesores titulares en la Universidad, ya que la primera tanda de ellos se realizó en 1959, los tribunales reunidos en Buenos Aires y sin llamar a oposición, y sólo para las Facultades más antiguas. En 1964 se dispuso otro llamado general, que esta vez alcanzó a las Facultades nuevas, como

Humanidades e Ingeniería. En la nuestra, se llamó a quince cargos, entre ellos, a una de mis cátedras. Me presenté al concurso, al igual que el doctor Francisco Villamil. El tribunal fue integrado por los doctores Raúl A. Molina de la UBA, Carmelo Busaniche de la UNL y Carlos M. Vargas Gómez de la Facultad de Derecho de la UNNE. El tema sorteado correspondió a las Misiones y su organización. El resultado me fue favorable y el dictamen elogioso, pues se me asignaron los diez años de titularidad, el máximo que indicaba el Estatuto. No pude ocultar la alegría que ello significó, ya que confirmaba mi docencia en la universidad y me abría un amplio campo para el trabajo futuro, sobre todo en la investigación histórica regional.

## **CAPÍTULO VI: COMPROMISO CON LA UNIVERSIDAD (1964-1975)**

Este capítulo, que abarca poco más de una década, comprende varias etapas de mi vida universitaria. En ese lapso se concretaron todas mis aspiraciones y se orientó definitivamente el rumbo de mi labor. Desempeñé responsabilidades como decano electo de la Facultad de Humanidades de la UNNE, por casi cuatro años y renuncié al cargo por desacuerdos con la conducción impresa a la Universidad por el rector Walker. Tras una serie de agitaciones y conflictos, asumí el rectorado entre 1969 y 1970, con el objeto de normalizar su gobierno y ajustarlo a las disposiciones de la ley vigente en ese momento. Desde fines de 1970 hasta 1975 y principios de 1976, me desempeñé con exclusividad en el Instituto de Historia y en mi labor docente, en cuyo ámbito viví, trabajé y padecí las agitaciones, tumultos y conflictos que minaron nuestra vida universitaria, desde el fin del gobierno de Lanusse a los tiempos de la restauración peronista de Cámpora, Perón e Isabel, con sus diferentes políticas educativas.

De manera que mi labor estaba centrada en la universidad, ella no escapó a los avatares políticos que envolvieron a esta institución, ni a las tensiones que en el orden nacional se vivieron en esos años. Debo decir que no fui testigo indiferente, sino que, pese a mi voluntad de ser fiel a la esencia de la universidad, me sentí obligado a desempeñar funciones que no busqué, pero que tampoco eludí, cuando los hechos requirieron definiciones. Hice política a pesar mío, porque creí que era mi deber, no rehuir las responsabilidades y actuar cuando creí que correspondía. (...)

### **El decanato de la Facultad de Humanidades**

El 30 de agosto de 1964, concluidos los concursos y dispuestos los padrones de los tres estamentos, fui elegido decano de la Facultad. Al día siguiente, constituido el Consejo Directivo se eligió el vicedecano y el delegado en Consejo Superior, cargos que recayeron en Héctor E. Guillén y en Ernesto I. Galdeano. A partir de ese momento, la conducción de la Facultad quedó en manos de dicho cuerpo colegiado compuesto por siete profesores, un egresado y cinco estudiantes, entre los cuales, contaba con amplio apoyo. De conformidad con el estatuto, las cuestiones más importantes eran privativas del Consejo, mientras que el promotor de iniciativas y ejecutor de lo acordado en el cuerpo era el decano.

En esos años, los sectores que competían por el gobierno universitario estaban conformados por reformistas y humanistas de tendencia cristiana, aunque divididos en sectores, algunos más radicalizados, al igual que los reformistas. Nuestras diferencias, vistas hoy en perspectiva, eran menos de las que entonces creímos encontrar. Además de una visión más agnóstica o cristiana de la vida y de las instituciones, nuestras competencias electorales se daban en el marco respetuoso de las formas ya establecidas. La crisis del 68 rompió drásticamente con esas normas de convivencia interna. (...)

### **Conflictos, renuncia y posterior crisis en la UNNE (1968-1969)**

Durante los dos primeros años en el decanato, la política no interfirió mayormente en el funcionamiento de la Universidad, apoyada en la tradicional autonomía que la preservaba. Prevalcían las tensiones entre las facciones estudiantiles, sobre todo en ocasión de sus elecciones, acompañadas por declaraciones sobre cuestiones nacionales o reclamos por un mejor presupuesto. En la Facultad, el integralismo había vencido ampliamente y apoyaba mi gestión. (...)

Pero el golpe de estado que destituyó al presidente Humberto Illía y llevó al poder al general Juan Carlos Onganía en junio de 1966, significó la abierta irrupción de gobierno nacional en la estructura universitaria. (...)

Por eso y por otros desaciertos, decidí junto con otros decanos, dar por terminada nuestra colaboración, y renunciar a nuestros cargos el 6 de abril de 1968, se nos aceptó la renuncia y yo me retiré a mi función de profesor en la Facultad de Humanidades. El clima político se fue alterando gradualmente en nuestra Universidad y no tardaría en desbarrancarse definitivamente, a mediados de 1969.

### **En el rectorado de la Universidad**

[Designado Rector de la UNNE por decreto del 19 de mayo de 1969]...el discurso que pronuncié el 25 de junio ante el auditorio universitario, definió como era mi propósito, el objetivo y los procedimientos a que se ajustaría nuestra gestión, procurando destacar cualquier improvisación respecto al futuro. Se trataba de una misión reparadora, para restablecer el diálogo y superar los errores cometidos. Luego y a través de un cuerpo docente legitimado por concursos, dar los pasos necesarios para establecer el sistema de gobierno previsto en la ley entonces vigente. Consecuente con ello y en el plazo más breve posible, entregar a las autoridades electas, la dirección de las facultades y del rectorado de las UNNE.

(...) a mediados de 1970 la misión estaba concluida. La universidad se había pacificado, el cuerpo docente se había ampliado a través de los concursos, se había instalado el planeamiento para la labor futura, se habían consolidado hasta donde era posible las sedes de Formosa y Posadas y nos hallábamos a las puertas de llamar a elecciones para designar las autoridades de cada facultad.

Como lo destacué al inicio de mi rectorado, mantuve el propósito de renunciar, una vez concluida la restauración institucional del Universidad. Se debía cumplir con la palabra empeñada. También pesaba un cierto cansancio en una función que si bien creía necesaria, en el fondo, no me interesaba más allá del cumplimiento del deber. Por otra parte, esta tarea había durado más de un año, tras los anteriores cuatro dedicados al decanato. Todo constituía un período muy largo de gestión administrativa. Mi vocación por la investigación histórica estaba interrumpida y mi deseo de alcanzar un mayor perfeccionamiento, se había detenido o estancado (...)

### **Retorno al Instituto de Historia de la Facultad**

Tal vez éste sea el lugar para reseñar, a grandes líneas, el desarrollo de mi vocación por la investigación histórica, tarea con la cual, me sentía cada vez más identificado. Si bien en páginas anteriores describí algunos pasos dados en ese sentido, creo que el tema merece ser tratado de modo más integral. Al fin y al cabo, ésta ha sido, junto con la docencia, el motivo principal de mi vida profesional y de mis inquietudes espirituales.

Cuando llegué a Resistencia, tenía un poco andado en esa dirección exclusiva, implicaba una responsabilidad muy clara: aunar a la enseñanza, la investigación en el campo propio de la disciplina que debía atender. En los primeros años, la atención prestada a la docencia fue dominante. No obstante, creo que al mismo tiempo se dieron mis primeros intentos por hacer pie en la investigación. El rumbo era aún impreciso y el tema de los estudios realizados oscilantes, ya que dependía de las fuentes entonces a mi alcance. (...)

...por diferentes caminos, rumbo hacia la investigación se mantenía y acrecentaba. Un paso más adelante lo constituyó mi descubrimiento de los tesoros documentales que guardaba el archivo de Corrientes. Desde un principio advertí y comprobé que las fuentes con que contaba el archivo del Chaco estaban limitadas del período del Territorio Nacional. Para las etapas anteriores que rastrear los documentos en otros repositorios y principalmente, en el Archivo General de la Nación. De modo que creí indispensable ocuparme de la historia de Corrientes. (...)

¡Cuántos horizontes me abrió ese archivo! En el trabajé con gozo por años, incluso sobrellevando con paciencia las dificultades que implicaba el viaje diario en balsa, la ausencia final de las fotocopias, que llegaron después, así como los medios rudimentarios de que disponía para los cálculos aritméticos de aquellas planillas manuscritas. (...)

Cuando dejé el decanato y retomé mis actividades académicas a pleno, propuse y obtuve que el Centro de Estudios Históricos de la Facultad, adquiriera mayor envergadura y junto con otros similares, pasara a ser un Instituto de Historia, cuya naturaleza, fines, organización y secciones, se fueron precisando en una detallada reglamentación. (...)

Pero al mismo tiempo proseguí con otra vieja aspiración: el rescate de obras clásicas del pasado chaqueño. Un tema que requería la traducción y la divulgación apropiada de las mismas. (...) Esa labor editorial de rescate y difusión de fuentes del pasado regional, nos llenó de satisfacción, pues su publicación fue bien recibida en los medios académicos y además, permitió que en su preparación intervinieran colegas de los distintos departamentos de la facultad. Esa conjunción de voluntades, que puede rastrearse en cada uno de los prólogos, sirvió además para mostrar en aquellos años, que el espíritu de cuerpo era una característica definitiva de nuestra facultad. (...)

Finalmente y para cerrar esta reseña, se encaró la edición de fuentes obre el Chaco moderno. Ello se planteó a partir del rescate y edición de las *Memorias de los Gobernadores*, desde 1872 en adelante. Contrariamente a lo que se suponía, esos textos, salvo pocas excepciones, no se hallaban en el archivo provincial. (...)

Al mismo tiempo creímos necesario que el Instituto se expresara a través de una revista propia. La serie de *Nordeste*, que cubría todos los campos atendidos por la facultad había cumplido su ciclo (1961-1970?) y la especificidad de los temas abordados por el Instituto requería una publicación especializada. Así surgió en 1974 nuestra *Folia Histórica del Nordeste*, que se editó regularmente y cubrió con sus artículos, notas, documentos y reseñas bibliográficas, el amplio campo de la historia de toda la región. (...)

Desde entonces imaginé que mi incorporación al CONICET era, sino indispensable, al menos muy valiosa y deseable para mi carrera profesional. Y el doctorado en ciernes, pasó a formar parte de las condiciones indispensables para esa eventual incorporación. (...)

### **Retorno a casa y a la vida familiar**

Ese título, parece expresar con cierto énfasis un retorno a casa, que en verdad, no fue tal, pues siempre estuve en casa. Es verdad que los asuntos de la universidad crecieron y ganaron mayor espacio y tiempo en mis ocupaciones, pero no significó el abandono ni mi participación en la vida hogareña.

Esas ausencias las ocupó con ventaja mi esposa. La presencia de Elena fue fundamental, ya que asumió con toda responsabilidad no exenta de alegría y buen humor, la crianza de los hijos que se multiplicaron en esos años, así como el gobierno del hogar, el acompañamiento indispensable del marido en los actos públicos, mantener la vinculación estrecha con su familia y con la mía y aumentar el modesto esplendor de nuestra casa, recibiendo y agasajando a amigos, funcionarios y cuanta persona fuera necesario atender. Supo, además, disponer de tiempo para coser y tejer la ropa de todos nosotros y mantener la economía doméstica en orden, sin descalabro alguno. (...)

Y venciendo un poco el pudor que me limita al enunciar estas cosas, debo agregar que en ese tiempo se acrecentó mi amor por ella, unido a la suerte de admiración por su entrega eficaz y oportuna. (...)

Fue en esos años cuando aumentó nuestra familia. Gustavo, el primogénito, llegó en 1959; Miguel en 1961 y tras un período prolongado, le siguió Diego en 1965; Elenita en el 1967, Pablo en 1969 y Mariana en 1971. Aquí nos detuvimos. (...)

La educación de los hijos fue siempre una preocupación central de nuestra familia. Ellos se criaron en un ambiente cálido y sosegado, con una madre cercana y un padre algo distante, pero presente. De temperamentos distintos, con Gustavo y Miguel hicimos nuestro aprendizaje de padres y con el resto de los chicos, aplicamos la experiencia anterior y además contamos con la ayuda adicional de los hermanos mayores, que marcaban las pautas del comportamiento hogareño. (...)

Otro aspecto de esta preocupación educativa la cumplimos con la enseñanza del catecismo y las prácticas religiosas. Elena asumió para entonces esa labor, pues se había puesto en vigencia la modalidad de que fueran los propios padres, los encargados de impartir esas nociones religiosas. De modo que Elena, con el agregado de otros chicos del barrio, fue catequista de sus hijos en casa. Esas nociones se complementaban con la oración en común antes de comer y la asistencia dominical a la iglesia. No fue nada forzado, sino algo natural, que surgía de las propias convicciones. Después de todo, creo que no nos equivocamos en estas prácticas familiares de la fe, pues aún veo que mis hijos no olvidan repetir estos gestos, aunque la vida se ha secularizado tanto, que bendecir la mesa, parece un rito de la antigüedad. (...)

En mi defensa deseo añadir un comentario adicional sobre esta responsabilidad que compartí con Elena. En algunas ocasiones, recibí ofrecimientos de becas o de viajes de larga duración, para completar mis estudios. Eran ofertas tentadoras, en Madrid o en Estados Unidos. Pero muy a mi pesar, las deseché y no me arrepiento de ello. (...) no fue ni un sacrificio ni un mérito, sin el gusto de quedarme en casa, donde era feliz. No tenía urgencia ni necesidad de buscar la felicidad afuera, porque ya la había encontrado con Elena, con los hijos y con la labor universitaria que me llenaba de satisfacciones.

## **CAPÍTULO VII: COMPROMISO CON LA PROVINCIA Y EL RETORNO A LA VIDA ACADÉMICA (1976-1981)**

Cuando creía que mi vida estaba definitivamente anclada en la universidad y la investigación histórica, las circunstancias me llevaron hacia donde no tenía pensado arribar. Desde octubre de 1976 y hasta principios de 1981 desempeñé, con algún intervalo, los cargos de Subsecretario de Educación y luego, el de Ministro de Educación de la Provincia del Chaco. Constituyó una prueba difícil y una responsabilidad muy grande, que acepté en tiempos del Proceso militar que gobernó en la Argentina y en el Chaco, estuvo a cargo del general Antonio F. Serrano. (...)

Si el clima ideológico fuera otro, mi narración no pasaría de un repaso general sobre aquella gestión, las experiencias vividas, la gente con quien me relacioné y algunos logros alcanzados en esa tarea. Pero como ésta época está condicionada por el menosprecio o el silencio sobre todo lo obrado y vivido, no creo que pueda sustentarme a esa sensación y detenerme particularmente en el campo de mi competencia, que es la educación, como por el deseo de ser veraz, al señalar los hechos y personas que actuaron con patriotismo, en su afán de dotar de mejores servicios a sus comprovincianos y jerarquizar a la provincia en el nivel nacional. (...)

Para ese entonces se conoció mi designación por la Academia Nacional de la Historia, como miembro correspondiente en el Chaco. Ese nombramiento coronaba una fecunda relación con algunos miembros de la institución y la asiduidad con que colaboraba en las publicaciones de la Academia. Para el acto formal de la incorporación preparé una conferencia sobre la primera gobernación del Chaco, correspondiente al período 1872-1884, que fue bien recibida en la ocasión. (...)

Tiempo después me llegó la invitación para integrar el gobierno provincial en el área de educación. Me tomó por sorpresa, porque salvo aquel homenaje, no mantenía vinculación alguna con el gobierno. Además, esta posibilidad no entraba en mis proyectos y me alejaba del mundo académico, para volver a retomar tareas de gobierno. Incluso, el ámbito de la provincia y sus escuelas, era un ámbito ajeno y virtualmente desconocido, ya que sólo había tenido trato ocasional con funcionarios en mi época de decano o de rector. Pero también consideré que esta oportunidad constituía un reto, que no podía rehuir sin dar buenas razones, pues el no aceptarlo, sin comprometerme en la acción, me colocaba en la mera observación crítica o en el desprecio por la política cotidiana, que solíamos practicar desde la universidad. Por otro lado, el ámbito ofrecido era la educación pública. (...)

Para entonces, el gobernador Serrano había disuelto el Consejo General de Educación, en dependencia directa de ese ministerio. Me hice cargo de esas funciones el 12 de octubre de 1976. (...)

En esa etapa, de más de dos años de duración, me correspondió atender las cuestiones burocráticas y de ordenamiento interno, así como algunos programas especiales que se llevaron a cabo; la atención y jerarquización de la función docente, directiva y de los servicios técnicos. También se proyectó y aprobó la ley de educación y se inició la transferencia de las escuelas nacionales a la jurisdicción provincial, con todas sus implicancias en materia personal, edificios y costos financieros. El detalle pormenorizado de estos hechos puede hallarse, entre otros documentos, en dos libros: los *Discursos y mensajes del Ministro de Educación, 1976-1980* y en la *Memoria de la acción de gobierno en la Provincia del Chaco 1976-1981, tomo I*, 450-650. (...)

### **Un intervalo confuso y retorno como ministro de Educación**

El propósito de alejarme de la función pública lo formalicé en una carta, que envié al ministro Zucconi el 10 de octubre de 1978, en la cual, luego de mencionar mis dos años de labor en el ministerio, reiteraba el deseo de reintegrarme a la docencia y a la investigación. Este propósito era coincidente con mis proyectos, anteriores a esa gestión, que incluso habían madurado durante ese bienio. Por una parte, me proponía concluir con mi doctorado y luego reincorporarme al CONICET. Suponía que desde ese marco institucional, se podría acordar la creación de un centro de investigaciones Geohistóricas, con la colaboración de Alfredo Bolsi y otros colegas. (...)

A todo esto, en el mes de septiembre [de 1978] había completado mi doctorado. En rigor, desde 1977 tenía prácticamente lista mi tesis. El tema era la historia económica de Corrientes durante el virreinato, aunque el estudio incluía también las etapas anteriores, desde la fundación de la ciudad. Era el fruto de largas temporadas en el archivo de Corrientes y de Buenos Aires. El grueso ejemplar debía ser mecanografiado en seis copias, tarea ímproba en la cual mamá, que era una excelente mecanógrafa, me ayudó copiando la mayor parte del trabajo, en original y cinco copias con carbónico.

Mi director fue el doctor José María Mariluz Urquijo, con quien compartí muchas veces reuniones de la comisión asesora que entonces integrábamos en CONICET. Pero él no se involucró mucho y me dejó trabajar con toda libertad (...)

Al mismo tiempo, tenía puesta la mira en mi participación en el CONICET y en la conformación de un centro de investigaciones aplicadas a la geografía y la historia en el nordeste. Para esos años, el CONICET tenía diseñada una política de apoyo a proyectos de investigación en el interior del país. (...)

[El Instituto de Investigaciones Geohistóricas - IIGHI]... fue fundado como resultado de un convenio formalizado entre el CONICET y FUNDANORD, fechado el 17 de marzo de 1979. En dicho documento, el interventor en el CONICET doctor José Antonio Haedo Rossi y el presidente de FUNDANORD, el ingeniero Manuel Gómez Vara, acordaron en 23 artículos, los fines y funciones del IIGHI con el CERNEA. En cláusulas transitorias, se dispuso la elección del director, del subdirector y del personal, así como los recursos, duración del convenio y la coordinación del IIGHI con el CERNEA. En cláusulas transitorias, se dispuso la elección del director y las medidas inmediatas para poner en funcionamiento la institución. En esa oportunidad se me designó para ese cargo y a Alfredo Bolsi como subdirector, al tiempo que los representantes designados por ambas instituciones. (...)

Por vía telefónica supe que se había aprobado mi incorporación a la carrera de investigador como principal, y por otro lado el convenio me hacía director del IIGHI, desde marzo de ese mismo año. Sin embargo, no tuve comunicación oficial al respecto. (...)

Yo no podía salir de mi asombro. Había prestado servicios hasta diciembre del año anterior en la provincia, bajo el mismo gobierno militar que hoy objetaba mi futuro desempeño en el área de ciencia.

[El ministro Zucconi] me citó privadamente, señalándome que el gobernador daría su aval y que para ello, era necesario que me hiciera cargo del Ministerio de Educación, aún vacante...

Respondí afirmativamente al gobernador y quedó concretada mi asunción al cargo para el 22 de junio de 1979. Desde entonces he meditado mucho sobre este sombrío episodio.



No pude saber más nada al respecto, ni obtuve papeles ni constancias de lo obrado. Lo cierto es, tiempo después de asumir mi cargo en la provincia, el CONICET, por resolución 689/79, me autorizó a postergar mi ingreso a la carrera mientras me desempeñara como Ministro de Educación de la Provincia del Chaco. (...)

Desde este episodio guardé silencio durante mucho tiempo. Si hoy lo hago público, es por respeto a la verdad y por esclarecer las razones que me movieron a aceptar un alto cargo, no buscado ni forzado más por la necesidad, que por el deseo de ocuparlo. (...)

### **El Ministerio de Educación**

Tal como me he propuesto en estas memorias, no deseo eludir a la gestión ministerial, para lo cual están disponibles los textos y las referencias ya citadas. (...)

En ocasión de iniciar el ciclo lectivo, el 10 de marzo de 1980 pronuncié un discurso que, en términos generales, resume la política seguida por el gobierno de Serrano en el área educativa. En esa ocasión destacué que la escuela debe ser el centro activo y eficaz que complementa la función educadora de la familia y la segura transmisora de los valores y conocimientos que la vida social requiere del ciudadano. Entre los objetivos, señalé la necesidad de una mayor eficacia administrativa que sirviera de apoyo al sistema, el acrecentamiento de la capacidad edilicia y la mejor utilización de los recursos, la formación, la capacitación y la jerarquización del personal docente; la mejora en la calidad de la enseñanza, el afianzamiento del federalismo, no sólo a través de la incorporación de la escuela primaria nacional, sino también de los servicios para adultos y en previsión de la aún lejana transferencia de las escuelas del nivel medio. En ello, se incluyen planes programas y acciones variadas, que, a nuestro entender, jerarquizaron la función docente y contribuyeron a mejorar el nivel de la enseñanza, volcando hacia ella todo tipo de recursos. El gobierno provincial, fue en ese sentido coherente y apoyó a través de los restantes ministerios y en la medida de sus posibilidades, acciones y recursos que contribuyeron a ello. (...)

La labor ministerial se desenvolvía con plena libertad. En raras ocasiones el gobernador llamaba por teléfono o remitía algún memorándum. Alguna vez, una crítica sobre las escuelas rancho, publicado en la revista de Buenos Aires, hizo que me pidiera informe sobre el caso. Dejaba hacer y aprovechaba las reuniones de gabinete para ajustar los temas, seguir su desenvolvimiento o llamar la atención sobre algún aspecto específico. En ciertos casos, que no creo que hayan pasado de la media docena solicité audiencia y en todos los casos fui atendido y los temas resueltos. No participé de reuniones de otro tipo, ni visitas en su casa o en contactos que excedieran lo específico de la función. Sin perjuicio de ello, los actos en los cuales participaba el gobernador y que correspondía al área educativa, permitían conversaciones que indicaban su satisfacción o problemas pendientes, que trataba en la ocasión de modo informal, y con la cordialidad del caso. Serrano desempeñó su gobierno con eficacia y un celo encomiable. Hizo lo posible para que la provincia se destacara en el concierto nacional, como un distrito pujante, que procuró simbolizar en el slogan "Chaco puede". (...)

### **CAPÍTULO VIII. DOCENCIA, INVESTIGACIÓN Y VIDA FAMILIAR (1982-1995)**

Finalizadas mis funciones en el ministerio, regresé contento a mi labor habitual. Por una parte, debía reanudar mis clases en la Facultad y simultáneamente, ansiaba incorporarme al Instituto, por el cual habíamos bregado tanto. Allí me aguardaba con impaciencia Alfredo Bolsi, que esperaba su relevo en la dirección, para abocarse de lleno a sus estudios. Desde entonces y casi sin interrupciones, quedé a cargo del IIGHI y de los trabajos que habían

quedado en carpeta. Constituyó una etapa fecunda de mi vida universitaria y de la relación con el mundo académico.

No todo resultó sencillo. A partir de 1983, dos cuestiones agriaron mi retorno. En la UNNE, se cuestionó la titularidad de mi cátedra, colocándome en situación de interino. Y en el CONICET, la intervención inició una serie de acciones destinadas a cuestionar la acción cumplida por las autoridades anteriores y con ello, la relación establecida con las fundaciones. En particular con FUNDANORD, la cual se vio afectada por imputaciones de actos dolosos. Fue así como debí capear ambas situaciones acudiendo a la justicia. En los dos casos logré salir airoso, años después, pero luego de haber padecido el desgaste causado por el disgusto y la exposición pública a que nos vimos expuestos.

También volví, aunque por breve tiempo, a participar nuevamente de la vida política. En 1994 el gobierno nacional llamó a la convención reformadora de la Constitución Nacional. El partido Acción Chaqueña, que lideraba el coronel José Davis Ruiz Palacios me invitó a integrar su lista de convencionales y resulté electo. En este caso se trataba de una función con plazo breve, acotado a una tarea específica, por lo que consideré esa función como un deber cívico, que debía aceptar. Participé en esa convención con verdadero interés y aprendí mucho del mundo político de entonces.

Durante esta etapa se profundizó aún más, la vida familiar, la relación con los hijos, con mis padres ya ancianos, y con el resto de la familia. De igual modo se estrecharon los vínculos con los amigos, con quienes compartimos ideas y proyectos, que se conjugaban con el afecto mutuo, las reuniones y la discusión de los temas del momento. Creo imaginar que esa etapa tuvo un encanto particular, pues a pesar de los disgustos, todo transcurrió con cierta placidez, desarrollándose en un marco de madurez, amistades compartidas, paz y serenidad frente a la vida. El capítulo lo he cerrado con un hecho doloroso: el trágico fallecimiento de nuestros hijos Gustavo y Verónica, en un accidente que segó sus vidas y nos dejó tres nietos huérfanos en la más temprana edad. Ello marcó nuestras vidas con el dolor y también con la necesidad de afrontar con paciencia y resignación esta nueva etapa que se abrió para nosotros.

## **CAPÍTULO IX: EN EL PROEMDIO DE LA VIDA: DOCENCIA, ESTUDIO Y MADUREZ**

El último capítulo concluyó con el relato del doloroso episodio que les costó la vida nuestros hijos y los pasos dados para atender a los nietos en su orfandad. Aquél fue un hecho que nos marcó profundamente. El resto de los hijos y de los amigos nos acompañaron en la reparación de esa familia destrozada. Entre todos, procuramos superar nuestro dolor y atender a las obligaciones y demandas de la vida cotidiana. Las heridas pueden sanarse, pero es notorio que dejan su huella indeleble. Y la memoria, ya en la vigilia como en el sueño, se encarga de reabrir las de tanto en tanto.

Al abordar los recuerdos de esta nueva etapa, con más de sesenta y pico de años a cuestas, creo haber alcanzado una cierta madurez, mezcla de plenitud espiritual, conformidad con el rumbo elegido y la familia firmemente constituida. Mi hogar y mi carrera estaban presentes en ese sentimiento; mi amor por Elena se había acrecentado y creo que juntos alcanzamos un grado de comprensión, de cariño y de apoyo mutuo, que casi podría llamarlo de felicidad. Al menos estoy seguro que esa era la sensación en nuestro ánimo, en las cosas que hacíamos, en el modo de llevarlas a cabo sin necesidad de explicaciones, pues conocíamos de antemano las mutuas apetencias y gustos. Teníamos además, libertad de acción para cumplir nuestros propósitos y a la vez sentido de unidad, de contemplación en esas acciones.

También seguíamos con atención la vida de nuestros hijos, los respectivos hogares que habían constituido o los noviazgos en gestación, que habría de concretarse más adelante. En ese sentido, la familia siempre se sintió muy unida; las reuniones eran frecuentes y entre todos tratábamos de cubrir el vacío que había quedado desde 1995.

En ese marco, tan estimulante y atento a las obligaciones que me imponía tanto la carrera como las responsabilidades sociales, me centré con ahínco en la docencia y el estudio. Elena a su vez, con los hijos ya más crecidos, también se aplicó con intensidad a otras tareas, que sin perjuicio de su extensa familia, llenaba sus deseos de servir a los demás.

En este capítulo, que se extiende desde 1995 hasta 2008, he procurado dar cuenta de esas actividades, tanto en el plano de la vida académica como social y familiar. Todas esas tareas están entrelazadas y se han fecundado recíprocamente, para a través de ellas, adquirir la madurez necesaria para afrontar el resto de la vida. Esto es, equilibrio interior y labor creativa, una suerte de rutina y novedad, de descubrimiento y de confirmación, de solaz y de inquietud. Afortunadamente, sin complicaciones en la salud y acompañado con quienes compartíamos afectos e ideas.

### **La vida académica**

Esta fue una etapa muy fecunda en mi vida académica. Entiendo por vida académica al conjunto de tareas docentes, de investigación, de difusión y participación institucional emprendidas en estos últimos años. Todas ellas fueron continuación de labores anteriores que ahora parecen haber alcanzado una intensidad y profundización mayor. No se trata de un cambio de fondo, sino que al repasar los datos acumulados en estos años, se advierte una integración más amplia de todos los aspectos, junto a la evidencia de los resultados obtenidos.

Los ámbitos de mi trabajo fueron básicamente los mismos de siempre. Por una parte, el Instituto y la Universidad. En relación con el primero, una nueva participación en las comisiones asesoras de CONICET, y en el segundo caso, la extensión ocasional de mi docencia a otras instituciones, como la Facultad de Artes de la UNAM, en Oberá Misiones. En otro espacio, mis responsabilidades se acrecentaron en la Academia y en otros organismos nacionales. Y como resultado de esa conjunción de acciones, se acumuló una mayor producción en estudios y libros y acciones de difusión.

Todo ello merece un detalle más cuidadoso y sin caer en la reproducción de un *currículum vitae*, he de procurar una visión sintética de esos cometidos. Al fin y al cabo, esas tareas en todas esas instituciones han sido el norte de mi trabajo en estos años.

Comencemos por el Instituto. Como queda dicho, ejercí su dirección desde 1981 y continué a cargo del mismo hasta mi jubilación en 1999, al cumplir 68 años. No obstante, se me mantuvo en el cargo de investigador hasta 2006, cuando cumplí 75 años. En esa oportunidad, elevé al presidente del Directorio mi renuncia, con expresa declaración de mi gratitud hacia el CONICET, que me había permitido estudiar y enseñar en las gratas y a la vez, rigurosas condiciones que imponía la carrera del investigador. Ya para entonces, había sido promovido al nivel de investigador superior en 1994, el escalón más alto de la carrera. Cuál no sería mi sorpresa al recibir un llamado telefónico del doctor Cherreau, agradeciendo el contenido de mi nota y ofreciéndome continuar en actividad en el IIGHI como investigador "honorario". Esto significaba mantener mi despacho y la atención de los trabajos en curso, becarios y dirección de tesis, naturalmente sin retribución. Acepté complacido y creo que desde entonces hasta hoy, he satisfecho esas obligaciones con una libertad que no tuve antes.

No hago informes, ni trámites burocráticos y me limito a cumplir con mis estudios y atender a mis discípulos. No creo haber disfrutado mi trabajo en el IIGHI, tanto como en esta última temporada. (...)

En la Facultad de Humanidades mantuve regularmente mi cátedra de Historia Argentina Colonial, hasta mi jubilación en la UNNE en 2004. Al mismo tiempo fui preparando, junto con las lecciones, los apuntes para la redacción de un manual dedicado a esa asignatura. Me persuadí de la necesidad de ello por el carácter masivo que iban tomando los cursos, la declinante preparación previa del alumnado y la displicencia con que se tomaban las recomendaciones de lecturas específicas. Por ello, fui redactando en varias oportunidades, una serie de temas del programa con destino a ese futuro manual. Algunos se imprimieron con la formalidad debida. Otros circularon aún sin una revisión completa y quedaron fuera de mi control. (...)

En cambio, entre 2000 y el 2006, acepté con gusto el dictado de cursos más breves, sobre temas específicos en las facultades respectivas de la UNAM, con sede en Oberá y en la UNCAT, en Catamarca. De hecho, lo que había ocurrido con mi docencia fue una gradual situación de los cursos de grado por una mayor atención a las cuestiones del posgrado. La cantidad de becarios, tanto de la UNNE como del CONICET había ido creciendo y simultáneamente, la dirección de tesis de licenciatura, maestría o doctorado, me permitía un magisterio más personalizado al cual podía aportar experiencia y los consejos apropiados. Esta labor docente fue ocupando cada vez más mi interés y al tiempo que declinaba mi fervor por las clases de la Facultad. (...)

Otro ámbito en el que me cupo desempeñarme fue la Academia. Desde mi incorporación en 1986, participé en comisiones y en algunos cargos de la Mesa Directiva. (...)

Hasta el día de hoy he continuado en la Academia, participando regularmente de las sesiones y de la labor que me cupo en las comisiones que debí integrar. No obstante, hoy con más de ochenta años, las fatigas de los viajes me han llevado a proponer, en el proyecto de reforma del estatuto. La inclusión de la categoría de académico emérito para aquellos que, por razones de salud, edad avanzada o voluntario retiro, pidan acogerse a ella, sin mengua de su calidad de numerario, pero declinando participar de la vida activa de la institución.

### **Libros y otros estudios**

De los estudios que venía realizando esos años, surgió un cierto número de libros, así como también artículos, notas y comentarios bibliográficos. Me parece que su enumeración, además de impertinente pues consta en los currículos respectivos, no se corresponde con el espíritu de estas memorias. No obstante, necesito rescatar algunos títulos que creo significativos, porque reflejan el programa de investigaciones que me había impuesto en el marco regional y además, porque fueron fruto del trabajo y la integración con mis amigos y alumnos. (...)

Este período de los noventa, prefiero iniciarlo con el comentario de *Misiones del Paraguay. Crisis y disolución de la sociedad guaraní*, título que se editó en 1992. (...)

Con Ramón Gutiérrez programamos una serie de Atlas Históricos para el NEA, que fueron editándose en diferentes momentos. El primero de la serie se tituló *Pueblos de indios y misiones jesuíticas (siglos XVI-XIX)*. Se elaboró y publicó en 1994, con apoyo financiero de la Fundación Mapfre, en 100 páginas. Luego salió el *Atlas Histórico del Nordeste Argentino*, en

1995, en 200 páginas. Tiempo después y en el mismo programa incluimos el *Atlas del desarrollo urbano del Nordeste Argentino*, que se editó en 2003, en 180 páginas. (...)

Poco después de concluir el Atlas Histórico, le llegó el turno a esta obra, más o menos postergada: era la *Historia del Chaco* que redacté en 1996. La gestión de la misma y sus precedentes requieren algún comentario. Ya en páginas anteriores mencioné que, cuando desde la Academia me solicitaron un capítulo extenso para la historia de este territorio en la ampliación de la Historia de la Nación Argentina, que la institución editó entre 1964-1967, ello dio lugar a resquemores y algún editorial hostil de la prensa local. Con todo aquél capítulo se escribió y su publicación separada, acompañada de tres grandes mapas, mereció el premio de la Secretaría e Cultura de la Nación. Pese a ello, el encono debió continuar, pues cuando el Territorio publicó en 1968 un extenso folleto de aportes para la historia del Chaco, no me citó ni convocó, remitiéndose sólo a los cronistas locales.

Todo ello me llevó a evitar conflictos estériles y evitar una competencia sobre el tema innecesaria. Eran tantos los temas historiográficos que tenía por delante, que las cuestiones chaqueñas habrían de limitarlas a la edición de fuentes importantes y documentos, con el rigor y la continuidad que esto suponía. Así se fueron publicando los *tres tomos de Dobrizhoffer* (1967-1970) y *el Ensayo de Jolís* (1972), *el Chaco de Fontana* (1977) o *las Memorias de la Gobernación del Territorio*, pero dejando siempre de lado abordar una historia del Chaco, en forma integral evité conflictos y a la vez, procuré mantener con ellos, especialmente con Geraldí y Tissera, buenas relaciones. Así logré promover la formación de la Primera Junta de Historia del Chaco, que funcionó entre 1978 y 1980....

A mediados de la década del noventa, el señor Román, director de la Editorial Plus Ultra había lanzado una colección de historia de las provincias. En 1995 me escribió y me pidió que me ocupara de la Historia del Chaco. (...)

En el verano de 1996, concluí la redacción; hice dibujar los mapas necesarios y entregué el manuscrito. Se tituló *Historia del Chaco* y se editó en 1997 en 300 páginas y lo presenté en Resistencia, pidiéndole a Marcos Altamirano el comentario respectivo en esa ocasión, lo cual hizo con toda generosidad. (...)

Otro libro que demandó largo tiempo de trabajo en archivos fue el titulado *Los bienes de los jesuitas. Destino y administración de las temporalidades en el Río de la Plata, 1767-1813*, en 400 páginas. (...)

Al mismo tiempo que se transcribían y editaban estos libros, preparé otros, dedicados a reeditar obras que requerían ser publicadas con adecuado aparato crítico o restablecimiento de textos y que interesaban a nuestro contexto histórico regional. Entre ellas, *la relación histórica y geográfica de Misiones*, de Diego Alvear (2000), el Discurso histórico sobre el Paraguay, de Juan Francisco Aguirre (2003), *los Fracayos de la fortuna* de Miguel de Learte (2006), *el Estado de las Misiones jesuíticas en 1687*, de Francisco Jarque y Diego Francisco Altamirano (2008) y últimamente de Pedro Lozano, la edición del texto original de su *Historia de la conquista*. (...)

Temo haber sido tedioso, pero me pareció necesario insertar estos títulos y sus respectivos comentarios. Como se apreciará, todos ellos están ordenados a cubrir una época y un área específica, el Nordeste Argentino y en él, atender a temas y asuntos de diversa naturaleza. Con ese cometido, creo haber cumplido con el propósito que imaginé en algún momento de mi vida académica, acerca de cuál sería la misión del historiador en esta región, y

aún más de su labor docente y de investigación en el marco de la Universidad que me convocó en 1958 y del Instituto que después, abrigó mis esfuerzos y trabajos en esa dirección.

Para cerrar esa reseña de actividades, me referiré a una designación bastante sorprendente que me llevó a integrar el Consejo Nacional de Educación Superior, en el Ministerio de Educación de la Nación en julio de 1998. Digo sorprendentemente, porque me enteré por nota y sin haber hecho gestión alguna al respecto. (...)

### **Otras actividades y entusiasmos**

La descripción de mis actividades profesionales, tanto en la Universidad como en el CONICET y la vinculación con la Academia y otras actividades similares pueden llevar a pensar que cultivé un cierto encierro o marginación del medio local, una especie de aislamiento aristocratizante. No hubo nada de eso, el menos en mi intención. Siempre creí que era mi obligación brindarme a aquellas instituciones en las cuales me hallaba instalado, como por ejemplo la Iglesia en razón de mi fe, o del medio local, en donde pudiera aportar mi dedicación o mis esfuerzos. Pero siempre de un modo formal, sin dejarme tentar por reuniones o charlas innecesarias, ni por la vida de café y tertulia ni por frecuentar las redacciones de los periódicos, ni contactos políticos, situaciones de las cuales me sentía curado, tanto por la economía de tiempo como por mis experiencias pasadas.

Los eventuales servicios que pude prestar o que me fueron requeridos constituyeron siempre compromisos formales y nacieron, generalmente de coyunturas específicas. Así por ejemplo, se inició mi docencia regular en el Seminario de la Arquidiócesis La Encarnación, o los cursos de diaconado y desde luego, las reuniones y servicios desde el Movimiento Familiar Cristiano, en este caso conjuntamente con Elena. (...)

También participé en otros temas y cuestiones. Así por ejemplo, a fines de los ochenta, me propusieron una serie de audiciones sobre los temas históricos en LT5, Radio Chaco a cargo del periodista Farías. Me pareció una buena idea y además, probarme en este tipo de comunicación radial. Preparé el tema de tres audiciones por semana, que se transmitieron desde febrero a agosto de ese año, en que concluyó el ciclo. (...)

Una experiencia semejante me vinculó con la prensa. Por mi cuenta, me propuse entregar regularmente notas sobre historia local y regional, y de ese modo divulgar libros, episodios y temas del Chaco. Lo tomé con entusiasmo y cumplí con regularidad las entregas, que por otra parte nadie me había pedido. Simplemente, iba al *Territorio* o al *Norte*, según los casos y dejaba la nota en la redacción para su publicación, incluyendo fotos o grabados según correspondiera. Lo entendía como un modo de docencia, divulgando información y dando a las notas el tono que creía adecuado. (...)

En este orden de expansiones, no faltaron videos y cortos cinematográficos. De los primeros rescato los preparados con Sonia Stengel en Rosario, en el estudio del P. Valet. (...)

Para concluir, debo decir con el correr de los años integré varias instituciones locales, como el Instituto Humanístico, el Instituto de Cultura Hispánica (hoy inexistentes), la Comisión Nacional de Monumentos y lugares históricos y otras más o menos afines. En ellas, dicté conferencias, eventualmente cursos breves y ocasionalmente ocupé responsabilidades directivas. De todas, reitero la promoción y creación de la Primera Junta de Historia de Chaco (1978-1981) con el objeto de acercar a historiadores locales y profesores universitarios, rompiendo con ello barreras y prejuicios. (...)

Con el tiempo, tuve la fortuna de recibir de las instituciones que formé parte, así como la generosidad de los amigos y discípulos, varios reconocimientos. (...)

No puedo pedir más. Todos estos gestos me enorgullecieron y me obligan, mas de una vez a volver la vista atrás y recordar los modestos inicios de mi carrera, el largo tiempo entregado a esas instituciones y a contemplar con emoción y confianza el relevo generacional que he contribuido a formar y la perduración de las instituciones que contaron conmigo en su fundación y desarrollo.

### **El entorno familiar en esos últimos años**

La familia ha sido, desde siempre, un fin prioritario en mi vida. Es más, no concibo otra forma más plena de desarrollo y convicción que en el marco de las personas queridas, con las cuales compartí los trajines cotidianos y los proyectos de vida. He tenido la suerte de compartir estas convicciones con una mujer como Elena y con los hijos y sus respectivas familias, criados todos en ese mismo clima de afectos y esperanzas. A ello, que no es poco, debo sumar los amigos entrañables y también los buenos sobrinos que viven en la lejana Buenos Aires.

Esa convivencia se mantuvo en los últimos años en la casa de la calle Catamarca. Casa grande, en cuyo jardín disfrutamos de renovadas mateadas, tertulias, asados y algunos festejos ocasionales, reunidos hijos y amigos, y la creciente chiquilina con que se fue aumentando nuestra familia. Los sucesivos matrimonios de Gustavo y Verónica González Arcila (1986), de Miguel y Beatriz Cáceres (1988) de Diego y Marcela Lastretti (1999) de Elenita y Carlos Baella (1998) de Pablo y Moira Motter (1992) y finalmente de Mariana y Gastón Portillo (1999), los llevaron a formar sus propios hogares y consiguientemente dejaron la casa cada vez más vacía. (...)

En las páginas anteriores he referido nuestra relación con los amigos, sobre todo con aquellos a quienes nos ligamos desde los primeros años y cuya amistad se mantuvo invariable todo este tiempo. Ellos también integraron nuestro núcleo más íntimo, compartiendo festejos, celebraciones y reuniones sencillas de tertulia. (...)

### **Enfermedad de Elena y fin de una etapa**

Este tiempo feliz que maduraba mi vida, mi matrimonio y mi carrera, tuvo desgraciadamente, un abrupto final. Ocurrió el 2 de agosto de 2004, día en que Elena cumplía 73 años. Habíamos preparado lo necesario para recibir en esa tarde, a los hijos y los amigos. Elena estaba muy contenta ese día. Salimos al jardín del frente y allí me mostró cómo había florecido la camelia que lucía junto a la entrada. De pronto, hizo un mal movimiento y se cayó. (...)

Desde la caída Elena y su enfermedad, mi vida cambió en su ritmo, pues comencé a dejar obligaciones y compromisos, declinar viajes para centrarme en la atención de mi esposa y mi casa. Aumentaron los gastos y problemas de salud. (...)

En la madrugada de Reyes de 2008 me llamaron por teléfono. Era el final. Un par de meses antes, el padre Jorge Lestani había estado en casa para darle la comunión, que ella recibió silenciosamente. Llegué al sanatorio y besé su frente: mi compañera de toda la vida había fallecido. (...)

Tiempo después fui retomando de a poco, la vida cotidiana, las actividades académicas y el contacto con los amigos. Entre ellos, me reencontré con Lela Carrió, con quien habíamos compartido gran parte de la gestión en el ministerio, a fines de los setenta. De esa amistad brotó una corriente de afecto y mutua comprensión. Y más tarde, el deseo de compartir la aventura de un nuevo matrimonio. Así lo hicimos en una ceremonia privada el 4 de julio de 2009.

Esta nueva etapa, por sus mismas características, no pertenece al pasado, sino que es vivida en el presente. Por ello, al menos por ahora, está excluida de estas memorias, a las cuales pongo punto final en esta primavera de 2012.